



SANTIAGO
LA ROTTA

slarotta@elespectador.com
@Troskiller

Además de volver aún más extrema la montaña rusa de los precios del petróleo, la invasión de Rusia a Ucrania toca otros sectores de la pirámide energética con dos tensiones más bien evidentes: la guerra será un impulso para las energías renovables o un renacimiento para combustibles fósiles como el carbón.

Para este punto de la discusión, pareciera que ambas opciones pueden ser ciertas, solo que en tiempos distintos.

Lo que pase alrededor del gas natural es un problema en varios aspectos. Por ejemplo, es un tema geopolítico que tiene acorralados a varios gobiernos europeos que se inclinarían por castigar más a Rusia, pero tampoco quieren quedarse sin gas en la mitad de un invierno.

El problema inmediato es que los altos precios internacionales de este combustible llevan a pensar a algunos consumidores en encontrar fuentes energéticas nuevas, rápidas y a mejor precio. En otras palabras: hola, carbón, ¿dónde estabas?

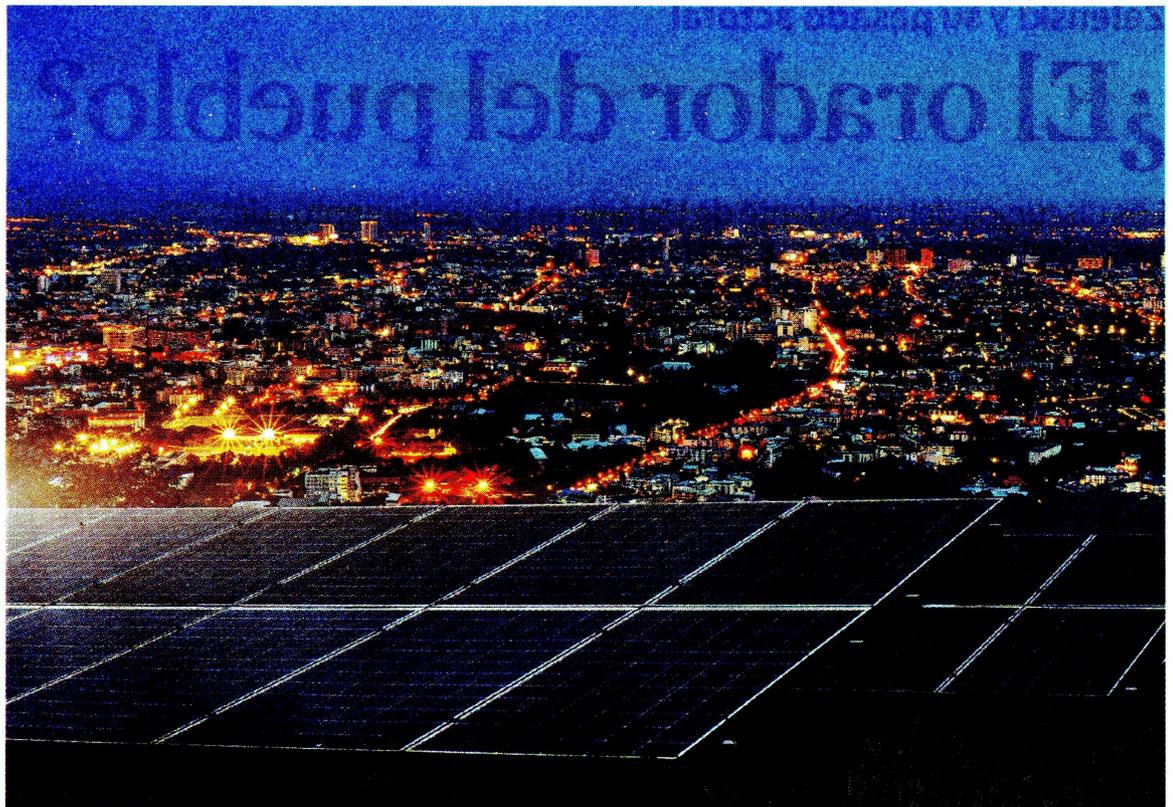
El doctor Camilo Prieto, profesor de la U. Javeriana en áreas de cambio climático y energía, lo puso de esta forma: "Sin duda, sin este energético [gas] los países tendrían que trasladarse a fuentes fósiles como el carbón, lo que haría imposible cumplir las metas del pacto de Glasgow para el clima. El conflicto en Ucrania no es solo una tragedia humana, sino un potenciador de la crisis ambiental global".

El lunes de la semana pasada, António Guterres, secretario general de las Naciones Unidas, advirtió que el impulso para reemplazar rápidamente los combustibles rusos que ya no llegarán a varios mercados globales puede significar que algunas grandes economías "minimicen algunas políticas para recortar el uso de combustibles fósiles".

¿Un impulso a las renovables?

Y, sin embargo, algunos analistas concluyen lo opuesto a Guterres, pero viendo el asunto más desde una perspectiva de mediano y largo plazo.

En el horizonte más cercano, parece inevitable que el carbón y el gas sean los grandes ganadores de los desastres económicos (y humanitarios) impulsados por la guerra de Putin en Ucrania. Sin



La alternativa de energías renovables se ha vuelto atractiva ante la alta dependencia del petróleo. / Getty

En el mediano y largo plazo

¿La guerra en Ucrania es una oportunidad para las energías renovables?

En el futuro más inmediato, el conflicto parece alimentar la vida del carbón y el gas en el mercado; pero, en un horizonte más lejano, invertir en generación solar, eólica y de hidrógeno, por ejemplo, podría ser una jugada tanto de soberanía energética como de seguridad nacional.

embargo, en un panorama más extenso, la descarbonización aparece como una opción que no solo tiene sentido (y urgencia) desde el punto de vista climático, sino desde el de la soberanía energética y la seguridad nacional (vía menos lazos con países como Rusia).

El paso acelerado hacia renovables puede ser, además, casi que una necesidad de mercado, pues reemplazar la canasta energética que ofrece Rusia no es un asunto que se haga fácil ni rápidamente. Estamos hablando de productores como Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos que, agrupados en la OPEC, han mostrado poco interés en meterle mano a la montaña rusa de los precios internacionales del crudo.

En un discurso, una de las cabezas de la firma de financiamiento

de iniciativas sostenibles Generation Investment Management (en la que también participa Al Gore, exvicepresidente de EE. UU.) aseguró que "esta guerra provee más evidencia de por qué no hay tiempo para perder en hacer la transición de combustibles fósiles hacia un futuro más limpio".

Además, varias grandes economías están jugando en un terreno doble: apuntalar la demanda energética más inmediata, pero diseñar una estrategia lejos de los combustibles fósiles viable antes de 2050.

Por ejemplo, en los próximos días, el gobierno británico debe presentar sus metas energéticas para 2030, que, según medios como *The Guardian*, pueden implicar un crecimiento de la generación de energías renovables del

orden del 75%.

La Unión Europea espera invertir un billón de euros para descarbonizar su economía para 2050, lo que incluye inversiones no solo en energías solar y eólica, sino en el desarrollo y refinación de la generación de hidrógeno verde.

Este doble ritmo, entre el ahora y el futuro, responde no solo a la necesidad de poder seguir ofreciendo medios para que la gente prenda las luces esta noche o se caliente el próximo invierno, sino que lo pueda hacer sin tener que entregar un riñón a cambio.

Y es en esa tensión, forjada al ritmo de la crisis climática y la artillería rusa en Ucrania, que se juega buena parte de las metas ambientales de un planeta que busca, siquiera, arañar la redención. ■